

Entrevista a Bifo  
Un devenir post-humano  
Por el Colectivo Situaciones

En la introducción hablás del carácter *rapsódico* y no orgánico de este libro, pues recoge intuiciones y preocupaciones surgidas en épocas distintas y las desarrolla según campos disciplinarios diversos. Según argumentás, éste es el modo de composición que mejor expresa la investigación que venís desarrollando, que a veces percibe aperturas inusitadas y otras constata el cierre de las posibilidades existentes. Sin embargo, aquel carácter rapsódico es también, sospechamos, un rasgo fundamental del *método recombinate* que vos proponés como imagen del pensamiento en la sociedad contemporánea. Teniendo en cuenta que éste sería el primer libro tuyo que se edita en Argentina, nos parece oportuno que comentés brevemente las que consideres las principales características de esta modalidad del pensar.

La historia de los movimientos revolucionarios del siglo XX se funda en un método cognoscitivo y estratégico de tipo dialéctico. Totalidad contra totalidad. Afirmación, negación e inversión. Aquella visión estaba vinculada con una forma simple de la contradicción social en la industria: clase obrera contra burguesía. Pero la filosofía dialéctica se fundaba sobre una reducción de la complejidad real del mundo y abría el camino a formas de subjetivismo totalitario, como hemos visto en la historia del socialismo realizado.

Luego de la gran explosión social de los años 60 y 70, la reestructuración capitalista produce una pulverización de la relación entre capital y trabajo: flexibilidad, deslocalización, precarización, etc. Ya no existe ninguna posibilidad de describir el mundo en términos dialécticos, ya no existe la posibilidad de una estrategia de oposición simple, frontal. Ya no existe tampoco la posibilidad de pensar una inversión totalizante.

La nueva forma productiva se funda sobre un principio tecnológico que sustituye a la totalización por la recombinación. Informática y biogenética –las dos innovaciones tecnológicas de fines del siglo XX– están fundadas sobre un principio de recombinación: unidades capaces de multiplicarse, proliferar, recombinarse que se sustraen a la totalización. El plano de consistencia de la informática es un plano infinito, no totalizable, proliferante. Un nuevo signo puede cambiar el significado de todo el cuadro. Puede recombinarlo.

No era así el universo industrial territorializado y totalizable. Ahí un nuevo signo se agregaba a otros sin recombinar el efecto de significado. Era necesario atesorar fuerzas lentamente, transformar conciencias, acumular fuerzas políticas y militares hasta el asalto final en el que se conquistaba el Palacio de Invierno.

En la esfera recombinante, el poder es inaprensible, porque no está en ninguna parte y está en todas al mismo tiempo. Pero esto posibilita, también, transformar todo el cuadro a partir de un nuevo elemento, un signo, un virus.

La historia es un proceso generalmente imprevisible, pero existen grados diversos de imprevisibilidad. En la esfera industrial se podían hacer análisis de la situación objetiva de los cuales sacar conclusiones estratégicas para la acción y se actuaba en consecuencia. Los procesos de agregación subjetiva eran largamente previsibles, el comportamiento de las clases sociales era previsible y el ciclo económico también. Los factores de imprevisibilidad eran rupturas políticas turbulentas. Se podría pensar en la decisión de Lenin: tomar el poder en el país más atrasado. La imprevisibilidad (la locura) de la acción de Lenin cambia –después del 17 y en el mundo entero– todos los términos del problema.

Hoy, el conjunto del sistema entró en una condición de imprevisibilidad mucho más radical, porque los actores se han multiplicado y el cuadro es infinitamente más complejo. Y, sobre todo, porque el funcionamiento viral no se puede reducir a ningún modelo determinista. Piensen en la actual crisis de las Bolsas, el desplome de las hipotecas *subprime* (préstamos hipotecarios de riesgo) en el mercado inmobiliario norteamericano. Los efectos son imprevisibles porque nadie puede decir con exactitud dónde acabarán los fragmentos de capital financiero basados sobre deudas ya no exigibles.

En esta situación, las estrategias totalizantes están destinadas al fracaso, a la ineficacia más absoluta. La acción debe ser de carácter puntual, viral, contagioso.

**En el libro proponés la siguiente afirmación: “se puede llamar *recombinante* al capital financiero que asume un rol central en la política y la cultura de los años noventa”. Teniendo en cuenta la pregunta anterior, ¿cómo entender esta homología entre los funcionamientos del neoliberalismo y del pensamiento crítico? ¿Se trata de encontrar al interior de este terreno común los signos de un nuevo conflicto o es más bien esta “adecuación” del pensamiento al capital el principal nudo a desatar?**

Hablan de homología entre el funcionamiento del capitalismo y del pensamiento crítico. Realmente es necesario encontrar esta homología si queremos lograr comprender el objeto sobre el que estamos hablando, el objeto que queremos deconstruir, el objeto del cual queremos sustraernos.

¿Existe una homología entre el análisis que Marx hace sobre el trabajo abstracto y el proceso de abstracción progresiva del trabajo? Verdaderamente existe. Sin esta homología la crítica de la economía política no es posible y se queda en el socialismo utópico precientífico.

El pensamiento crítico se debe dar sobre el plano de consistencia del proceso real, de lo contrario se vuelve una forma de obsesión moralista sin base cognoscitiva ni práctica. Me explico. El movimiento obrero, los partidos comunistas europeos (como Refundación

Comunista en Italia) se oponen a la flexibilidad del trabajo, a la precariedad. Con justicia, refutan los efectos sociales de la flexibilidad. Pero la oposición a la flexibilidad no puede funcionar. En el mejor de los casos, se trata de una forma de resistencia que puede retardar la afirmación del modelo flexible de producción.

Es necesario, en cambio, adecuar nuestros instrumentos analíticos a la realidad de la producción flexible. No sirve de nada lamentarse por lo que ha ocurrido, es necesario comprender las nuevas formas y deconstruir cognoscitivamente su funcionamiento; por lo tanto, encontrar su punto de debilidad y actuar sobre él.

**Una de las líneas más audaces del libro es el esfuerzo que hacés para brindar una interpretación panorámica pero eficaz del devenir (post)humano en la actualidad, teniendo muy en cuenta la mutación radical (antropológica). Como parte de esta tentativa esbozás elementos de una periodización que nos gustaría que perfilara más claramente, aun si esto conlleva un alto riesgo de esquematización. Una aclaración de este tipo podría ordenar mejor una serie de recorridos de mucho interés.**

Periodizar la transición post-humana es, realmente, una tarea peligrosa, porque se corre el riesgo de considerar la mutación antropológica como un proceso asimilable a la historia política, con sus fechas, sus plazos, sus revoluciones y sus restauraciones. Naturalmente, no es así: se trata de un fenómeno esencialmente cultural que trabaja al interior de la composición social. Esto no nos impide ensayar una periodización basada en momentos de revueltas políticas, pero tiene que ser capaz de señalar, también, las corrientes de mutación profunda.

Partimos de los años 60, que fue el período en el que la composición social industrial-obrera alcanza su plenitud, y vemos emerger –en el movimiento estudiantil del 68– una nueva fuerza social: el trabajo intelectual de masas o cognitariado. En los años 70, y particularmente en el año de la revuelta del 77, veo una especie de fractura entre la historia moderna (céntrica, subjetivable, humanística, dialectizable) y el delinearse de una posmodernidad proliferante, irreducible a la ideología.

No por azar en aquellos años comienza la ofensiva liberal, puesta en marcha por Nixon con el desprendimiento del dólar del régimen de cambios fijos (1971), luego relanzada por Thatcher y por Reagan a comienzos de los años 80. Los años 80 son el período en el que la contraofensiva liberal se entrelaza con la efervescencia de un movimiento deseante ya completamente difundido en la vida cotidiana. Liberalismo (capitalista) y liberación (social, sexual, expresiva) son dos intencionalidades bien distintas y contrastantes; sin embargo, en la fenomenología de la cultura de los años 80 las vemos entrelazadas.

El 89 liquida definitivamente la descripción dialéctica del mundo, la bipolaridad desaparece y la proliferación toma su lugar. Utopía de un pluralismo pacífico rápidamente desmentida por el retorno de la guerra. El fin del industrialismo había señalado una desterritorialización social, productiva, cultural. 1989 lleva esta desterritorialización hasta la forma geopolítica del mundo. No existe más la marca bipolar del territorio-mundo.

Pero, llegado este punto, se ponen en movimiento fuerzas inmensas de reterritorialización. La necesidad identitaria se apodera de las masas populares incapaces ya de reconocerse como clases sociales (revolución komeinista en Irán, puesta en marcha del integrismo islámico, reemergencia del nacionalismo en el Este europeo, guerra serbo-croata, etc.). El capitalismo mundial se reterritorializa en torno a la guerra. Al mismo tiempo, la inmensa revolución de la red está tomando forma en la tecnología, y se difunde en la esfera de la cultura, del deseo, del consumo, de la producción. Un nuevo y potente movimiento de desterritorialización impulsado por la cibercultura y por la ideología *felicista* (optimista) que la acompaña.

En las últimas dos décadas del siglo se verifican dos procesos gigantes y complementarios con un potente efecto psico-mutágeno: la introducción masiva de las mujeres en el circuito de la producción global y la difusión de las tecnologías videoelectrónicas y, luego, conectivas. Este doble fenómeno –movilización productiva de la cognición femenina, sometimiento asalariado de la afectividad, el deseo puesto a trabajar y, al mismo tiempo, exposición de la mente infantil a un flujo maquínico de información, de formación, de modelación psico-cognitiva–

transforma la consistencia antropológica profunda del campo social: el lenguaje, la relación entre lenguaje y afectividad y, por consiguiente, la capacidad de abrirse a lo social, a la solidaridad social.

Durante la lectura del libro nos llamó la atención ciertos tránsitos de ilusión-decepción, y el modo en que son relatados. Podríamos nombrar dos. El primero tiene que ver con el año 89 y la valoración de aquella coyuntura como una apertura democrática: la caída de los socialismos reales es interpretada como el desplome del “Imperio del Mal”. Luego, en la década del 90, siempre según tus palabras, se habría establecido una alianza virtuosa entre el capital recombinate y el trabajo creativo inmaterial (o cognitariado), cuyo agotamiento coincide con la crisis de las empresas “puntocom” (2000) y con la crisis global de la “seguridad” (2001).

En ambos casos, y quizá por el hecho de habitar el contexto latinoamericano, nos produce curiosidad la forma en que valorás el elemento subjetivo. Por ejemplo, entre nosotros la exaltación de las transformaciones de la vida cotidiana y los intentos democratizadores de los países del llamado socialismo real nunca fueron considerados al margen del paralelo desencadenamiento de fuerzas extremadamente favorables al dominio capitalista de un mundo “rendido” a la hegemonía de EE.UU. En el segundo caso, los años 90 en Latinoamérica fueron ante todo la década donde el neoliberalismo reinó con extremo salvajismo, subordinando toda expresión autónoma o resistente de la fuerza intelectual, política y laboral.

Lo que nos interesa indagar es qué *teoría de la subjetividad* se pone en juego en este contraste. Y por lo tanto: ¿qué factores tenemos en cuenta para construir nuestros proyectos políticos? ¿Cómo funciona la centralidad que solemos otorgarle a los modos de producción en esta consideración de lo subjetivo?

El circuito ilusión-decepción del cual ustedes hablan es el alma de la sucesión histórica y de la relación entre intención subjetiva y devenir del mundo. Toda estrategia (política, afectiva) es una ilusión, porque en el mundo real prevalece la heterogénesis de los fines, es decir,

la sobredeterminación recíproca de las intencionalidades diferentes. En particular, en la historia social del siglo XX, la “ilusión” obrera ha producido desarrollo capitalista, ha producido industrialización forzada pero, también, ha producido escolarización de masas, aumento del consumo de bienes culturales, aumento de la esperanza de vida.

En el curso de mi vida militante, partiendo de 1968, cuando formaba parte de un colectivo estudiantil de Filosofía y Letras de Bolonia, he visto muchas ilusiones y muchas desilusiones, pero quiero continuar así. La ilusión es una intención situada. La desilusión es el efecto de transformación que tu intención ha producido encontrándose con las intenciones de infinitos otros actores. Es importante no transformar tus ilusiones en ideología y no tomar las desilusiones como la forma definitiva del mundo.

¿La ilusión del 89 se transformó en la desilusión de la guerra? Sí y no, porque se transformó, también, en la sorpresa de la proliferación de red.

¿La ilusión de los años 90 y de la alianza entre trabajo cognitivo y capital recombinate se transformó en la desilusión de la era Bush? Sí y no, porque la era Bush es, tal vez, el comienzo del derrumbe de la hegemonía norteamericana, y porque la historia del trabajo cognitivo no terminó, sólo está comenzando.

Nos interesa mucho presentarte nuestro contexto a la hora de compartir tus reflexiones sobre los dilemas constituyentes de la mente colectiva en sus dimensiones tecnológicas y afectivas. En Argentina, la crisis del 2001 operó como un masivo investimento del plano social a partir de la desvinculación previa de un importante segmento de la clase trabajadora que había quedado literalmente al margen de la institución laboral. El desenganche de las clases medias del mercado financiero alimentó, a su turno, este proceso. La sensación de que podía desarrollarse un espacio por fuera de los límites de la estatalidad y de la racionalidad del valor de cambio, sin embargo, fue dando lugar a un comportamiento más próximo al estándar subjetivo de la era del mercado global: la segmentación de las vidas, el apego a una interioridad fundada en el consumo de los más variados servicios, la psicologización de las patologías sociales, el consumo de pastillas y

un compromiso particularmente intenso con el trabajo de cada quien. ¿Cómo percibís este proceso de normalización tras la aguda crisis de legitimidad del neoliberalismo, y qué relación podrías establecer con el contexto europeo?

No estoy en condiciones de analizar la diferencia entre la situación europea y la situación latinoamericana, que en este período aparece como una excepción, como un fenómeno de contratendencia. No estoy en condiciones de hablar porque no conozco suficientemente la realidad sudamericana, y por eso estoy muy contento de ir a Buenos Aires y de conocer a los compañeros y amigos.

Lo que dicen respecto de la situación argentina luego de 2001 es interesantísimo. Por un lado, la ilusión (fecunda) de poder realizar formas de vida más allá del régimen de valor de cambio; por el otro, el proceso (claramente neoliberal) de la segmentación de las vidas. En esto, la situación argentina es asimilable a lo que se vio en Europa en los años 80 y 90. Pero en la situación argentina (y de manera distinta, también, en la situación venezolana, boliviana y, de manera nuevamente distinta, en la brasileña) está en curso una experimentación política de nuevo tipo que podría llevar a una fractura profunda entre “necesidad” económica impuesta por el capitalismo global y espacios de libertad social y cultural. Pero no puedo hablar de esto antes de haberlo conocido y antes de hablar con ustedes.

A menudo explicitás tus dudas sobre la factibilidad de seguir pensando políticamente los problemas que han emergido de la mutación de los últimos años. En el centro de esta incertidumbre aparece el problema de la relación entre las generaciones modernas y las que definís como generaciones post-alfabéticas. Todo parece indicar que el destino de la política misma se juega en la transmisión de una herencia que quizá hoy resulte obsoleta: la memoria de luchas y de creaciones culturales, pero también una sensibilidad que parece quedar en el olvido (el vínculo, por ejemplo, entre el lenguaje y los afectos). En la introducción de este libro afirmás que el desafío es complejo pues se trata de traducir un mensaje cuyo sentido no está en el contenido de lo que se dice.



En Argentina la discusión sobre cómo politizar la memoria ha sido muy importante en los últimos años. Sin embargo, no estamos seguros de haber asumido el tipo de dilema que vos presentás y la inflexión que proponés. ¿Podrías contarnos mejor en qué consiste esta imagen de la transmisión?

La cuestión de la transmisión cultural es fundamental, tanto desde el punto de vista de la historia obrera y progresiva del siglo XX como desde el punto de vista de la cultura laica iluminista y humanista que ha marcado el curso de la modernidad. Pero el problema de la transmisión es enormemente delicado, complicado. No puede ser reducido a un problema de transferencia de contenidos de la memoria política (la historia de la resistencia pasada, etc.). No puede reducirse a un problema de transferencia intergeneracional de “valores”, porque esto es inevitablemente moralista y los valores no significan nada por afuera de las condiciones sociales, técnicas, antropológicas, dentro de las que se modela el comportamiento humano.

Por lo tanto, entonces, ¿qué es el problema de la transmisión? Por cierto es importante narrar la historia de las revueltas pasadas, es importante la memoria histórica y política. Para esto sirve mucho más la literatura que la política. Pero es idiota pensar que narrando la historia de la autonomía del pasado se pueda transmitir un *know how* autónomo para el tiempo presente. No funciona así.

La cuestión de la transmisión es, sobre todo, un problema ligado a la sensibilidad. La historia de la modernidad es la historia de una modelación de la sensibilidad, de un proceso de refinamiento (pero, también, un proceso de disciplinamiento), el desarrollo de formas nuevas de tolerancia y de creatividad (pero, también, el desarrollo de nuevas formas de barbarie y de conformismo). La pregunta que debemos hacernos y, sobre todo, que debemos hacer a la gente que se está formando hoy, a los chicos, a la nueva generación, se refiere al placer, a la belleza: ¿qué es una vida bella? ¿Cómo se hace para vivir bien? ¿Cómo se hace para estar abierto al placer? ¿Cómo se goza de la relación con los otros? Ésta es la pregunta que debemos hacernos, una pregunta que no es moralista y que funda la posibilidad misma de un pensamiento ético.

Pero la pregunta que debemos hacernos es, sobre todo, ésta: ¿qué cosa es la riqueza? Es sobre este plano que el capitalismo ganó la batalla del siglo XX.

¿Riqueza significa quizás acumulación de cosas, apropiación de valor financiero, poder adquisitivo? Esta idea de la riqueza (que es propia de la ciencia triste, la economía) transforma la vida en carencia, en necesidad, en dependencia. No tengo la intención de hacer un discurso de tipo ascético, sacrificial. No pienso que la riqueza sea un hecho espiritual. No, no, la riqueza es tiempo: tiempo para gozar, tiempo para viajar, tiempo para conocer, tiempo para hacer el amor, tiempo para comunicar.

Es precisamente gracias al sometimiento económico, a la producción de carencia y de necesidad que el capital vuelve esclavo nuestro tiempo y transforma nuestra vida en una mierda. El movimiento anticapitalista del futuro en el cual yo pienso no es un movimiento de los pobres, sino un movimiento de los ricos. Aquellos que sean capaces de crear formas de consumo autónomo, modelos mentales de reducción de la necesidad, modelos habitables a fin de compartir los recursos indispensables serán los verdaderos ricos del tiempo que viene. A la idea adquisitiva de la riqueza es necesario oponer una idea derrochativa, a la obsesión es necesario oponerle el goce.

En tu trabajo enfatizás la imagen de un cambio antropológico que se va acentuando en generaciones sucesivas, cada una de las cuales se desarrolla en un nuevo contexto tecnológico. A nosotros nos ha impresionado mucho tu idea de una modificación en la matriz cognitiva y afectiva de las generaciones post-alfabéticas. ¿No existe, sin embargo, el riesgo de acudir a un determinismo tecnológico para explicar las transformaciones de los imaginarios y la modalidad de los vínculos?

A propósito de esta inquietud, en una escuela de la periferia de nuestra ciudad (donde solemos conversar sobre estos problemas) recibimos el siguiente comentario: “Sí, es cierto que hay un cambio en los modos de atención y en el comportamiento de los chicos; pero no es fácil atribuir esta permuta al vínculo con las tecnologías digitales ya que en general los niños de nuestros barrios no están muy en

contacto directo con las máquinas". A partir de esta acotación, ¿te parece que en regiones donde las tecnologías digitales no se han difundido como en Europa o Estados Unidos es posible pensar los dilemas y las nuevas figuras subjetivas en los mismos términos que describís o más bien creés que es preciso introducir matices?

La cuestión del determinismo está presente. En McLuhan, un autor para mí importantísimo que permite comprender buena parte de la transformación del último medio siglo, hay un riesgo de tipo determinista. Existe el riesgo de identificar una relación directa entre cambio tecno-comunicativo (de las tecnologías alfabéticas a las tecnologías electrónicas, por ejemplo) con un cambio de tipo cultural. Una relación entre técnica y cultura naturalmente existe, pero no es directa ni determinista.

Ciertamente, la constitución cognitiva de la generación que recibe las informaciones en el formato simultáneo de la electrónica es distinta a la constitución cognitiva de las generaciones alfabéticas. Pero en este pasaje se abre una bifurcación, esto es, la posibilidad de reconstruir condiciones lingüísticas, comunicacionales, afectivas, que produzcan autonomía, incluso al interior de un modelo técnico transformado. Es el problema esencial del mediactivismo contemporáneo, del *subvertizing*, de la creación de red. Vuelve aquí el problema de la transmisión intergeneracional. No se trata de transferir mecánicamente nociones, memorias, sino que se trata de activar autonomía dentro de un formato cognitivo transformado. Esto es verdaderamente difícil, dado que aún no hemos elaborado las técnicas capaces de restituir autonomía a organismos conscientes y sensibles que se han formado según modelos esencialmente an-afectivos. Pero el punto de bifurcación está precisamente en el sufrimiento, en el sentimiento de incomodidad, de depresión. La pregunta a formular a la nueva generación no se vincula a los valores (¿sos solidario o egoísta?, ¿sos crítico o conformista?). Se vincula con la sensibilidad: ¿sos feliz o infeliz?

Es desde aquí que debemos partir, y entonces veríamos bien que la comunicación política hoy debe ser, ante todo, una acción terapéutica. Crear las condiciones de posibilidad de una felicidad del existir, de

una felicidad de la relación con el otro, ésta es la vía de la organización política en el tiempo que viene.

Respecto a lo que me cuentan en la segunda parte de la pregunta, naturalmente existen grados diferentes de integración con el sistema tecno-comunicativo global, existen grados diferentes de “aculturación electrónica”, etc., pero yo no nunca dije que la mutación corresponda solamente a una cuestión cuantitativa de exposición a la tecnología.

En esta objeción veo precisamente un dejo de determinismo. El problema no es si un chico usa el celular o navega en Internet, sino dentro de qué ambiente cultural y afectivo se encuentra en sus años de formación, en sentido acotado: familiar, pero también en sentido amplio: en la relación imaginaria con sus coetáneos del todo el planeta, en las modas culturales, musicales, consumistas.

En ese sentido, yo creo que la mutación tecno-comunicativa puesta en marcha en los años 80 con la difusión de la televisión, de las series televisivas, de la telenovela, de la videocasetera, de los videojuegos y, luego, del *reality show* ya había tenido un grado de homogeneidad planetario y una rapidez de difusión que no tiene comparación con épocas pasadas. En este sentido, la primera generación videoelectrónica alcanzó una relativa homogeneidad cultural en tiempos mucho más breves que lo que ocurría en épocas pasadas por medio de procesos de aculturación alfabética.

Aun más rápido se vuelve el tiempo de homologación de la generación conectiva, aquella que gracias a Internet y al teléfono videocelular ha podido entrar en circuitos globales incluso antes de haber formado una sensibilidad localizada. Este proceso prescinde en cierta medida de la cantidad de horas de exposición al aparato televisivo o telemático.

**Durante los años 2000 y 2001 parece haber un cambio profundo en las fuerzas que dan forma a las subjetividades colectivas. Pero la era Bush está ligada a una remilitarización de buena parte del planeta. ¿Cuál es tu lectura de este proceso? ¿Lo percibís como una interrupción restauradora de la economía del petróleo y la industria fordista o, más bien, como el relanzamiento (ahora blindado) de la colonización del mundo por parte de la racionalidad imperial?**

La figura política de George Bush II se recorta sobre el panorama histórico como un enigma extraordinario. Bush representa explícitamente los intereses de un sector agresivo, ignorante, oscurantista: los petroleros, el sistema militar-industrial.

Pero la *narrow-mindedness* (mentalidad estrecha) de este sector se está revelando como un clamoroso gol en contra para el sistema norteamericano. En mi opinión, EE.UU. no se recuperará de la catástrofe político-militar (e imaginaria) que la presidencia de Bush ha provocado. La derrota en Irak no es como la de Vietnam. En el 75 la guerra se concluye, la bandera norteamericana es izada en los edificios de la embajada, y todo termina allí (no realmente para la población vietnamita, para los locos de los *boat people*, etc.). Pero después de Irak no existe retiro militar. No es posible.

EE.UU. no puede renunciar a la hegemonía sobre Medio Oriente. Pero la guerra iraquí mostró que esta hegemonía está perdida, es irreparable. Luego de Irak está el Irán de Ahmadinejad, el Pakistán de Musharraf, bombas de tiempo incrustadas en la geopolítica mundial por una política no menos estúpida que criminal. La guerra infinita que los neoconservadores han concebido y que Bush ha provocado es la arena movediza en la que el más grande sistema militar de todos los tiempos está inexorablemente hundiéndose.

En el año 2000, la victoria de Bush (mejor, el golpe de estado de Bush) desalojó el cerebro de la cumbre del mundo. El sector cognitivo, el trabajo virtual, la ciberinteligencia fueron desalojados por la victoria de los músculos, los petroleros y los generales. Pero sin cerebro no se gobierna el mundo, como máximo se puede incendiarlo.

El final de esta alianza entre cognitariado y capitalismo recombinante que se había establecido de manera frágil, contradictoria, pero dinámica durante los años 90 ha marcado el regreso de un capitalismo idiota, representado por el sector mafioso y guerrero que guía las grandes potencias del mundo en el presente: Cheney, Putin, y todo lo que les sigue.

El grupo dirigente norteamericano se formó sobre el mesianismo apocalíptico de cuño cristiano, pero también sobre el pensamiento de James Burnham, un sociólogo de formación trotskista de los años 30, y también sobre una recuperación del concepto de exportación de

la revolución (no olvidemos que Pearle, Kristoll, el propio Wolfowitz tienen sobre sus espaldas una formación trotskista). Sería interesante estudiar también este aspecto: en qué medida la experiencia del terrorismo bolchevique (el terrorismo del materialismo dialéctico estalinista, pero, también, el terrorismo de la revolución permanente trotskista) se ha transferido al pensamiento estratégico imperialista (norteamericano, pero también francés).

Luego de ser depurada de sus elementos comunistas y obreros, la tradición bolchevique se ha vuelto parte de la cultura del capitalismo global, no solamente en la Rusia gobernada por la KGB redenominada FSB, sino también en los EE.UU. neoconservadores, o en la Francia sarkoziana esponsorizada por Glucksmann y por Kouchner.

**Finalmente quisiéramos preguntarte por la dimensión política de la noción de *autoorganización*. En algún lugar enunciás que el *antagonismo* es una imagen política inútil para la situación presente, pues el deseo social se desplaza en paralelo a la innovación de la economía. Pero si el deseo no necesita contraponerse a lo que existe para proliferar, ¿qué lo llevaría a radicalizarse hacia horizontes de autoorganización? ¿Cómo percibís o imaginás ese impulso?**

Creo que debemos reflexionar nuevamente sobre la noción de deseo. La lectura de Deleuze y Guattari por parte del pensamiento del movimiento a menudo ha malinterpretado la noción de deseo como si éste fuese una subjetividad, una fuerza positiva. Admito que alguna ambigüedad sobre este punto se encuentra en los textos de ambos filósofos, y en mi trabajo de “vulgarización movimentista” (si me permiten la expresión) he a veces identificado el deseo como la fuerza positiva que se opone al dominio. Pero esta vulgarización no es correcta.

El deseo no es una fuerza sino un campo. Es el campo en el cual se desarrolla una densísima lucha o, mejor dicho, un espeso entrecruzamiento de fuerzas diferentes, conflictivas. El deseo no es un valiente muchacho, no es el *chico bueno* de la historia. El deseo es el campo psíquico sobre el que se oponen continuamente flujos imaginarios, ideológicos, intereses económicos. Existe un deseo nazi, digo, para entendernos.

El campo del deseo es lo central en la historia, porque sobre este campo se mezclan, se superponen, entran en conflicto las fuerzas decisivas en la formación de la mente colectiva, por lo tanto la dirección predominante del proceso social.

El deseo juzga la historia, ¿pero quién juzga al deseo?

Desde que las corporaciones de la *imagineering* (Walt Disney, Murdoch, Mediaset Microsoft, Glaxo) se han apoderado del campo deseante, se han desencadenado la violencia y la ignorancia, se han cavado las trincheras inmateriales del tecno-esclavismo y del conformismo masivo. El campo del deseo ha sido colonizado por esas fuerzas.

Sobre este plano debe actuar el movimiento deseante. Y cuando usamos la expresión “movimiento deseante” no entendemos “subjetividad deseante que se hace movimiento”, que por el simple hecho de tener deseo es positiva, como si no hubiese deseo también en la violencia.

“Movimiento deseante” significa un movimiento capaz de actuar eficazmente en el campo de formación del deseo, un movimiento consciente de la centralidad del campo del deseo en la dinámica social.

El movimiento es una fuerza, el deseo un campo.

Agosto, 2007

## Introducción

### Bifurcaciones

Se podría contar la historia del siglo XX desde el punto de vista de sus bifurcaciones, es decir, desde el punto de vista de la alternativa entre máquinas de liberación del deseo y dispositivos de control sobre el imaginario.

En la historia de las vanguardias artísticas y de los movimientos revolucionarios se presenta continuamente la bifurcación entre la imaginación utópica y la disutopía real.

La pasión desestructurante del futurismo italiano se pone al servicio de la publicidad, dispositivo de control de la imaginación colectiva.

La alegría creativa del futurismo ruso se pone al servicio del terror bolchevique.

El surrealismo alimenta la ingeniería de la imaginación (*corporated imagineering*). Las revueltas igualitarias se transforman en dictaduras de estado.

El movimiento creativo suministra fuerza de trabajo al semiocapitalismo.

En los últimos años he tratado de reconstruir el laberinto de las bifurcaciones utópicas que siguieron a la explosión creativa del 68, hasta el momento clave del 77 cuando todas las utopías del siglo XX se convirtieron en su contrario. A partir de la reconstrucción de aquel laberinto



he buscado interrogar las bifurcaciones presentes, las bifurcaciones que se abren continuamente en la proliferación de los posibles, en la historia de los movimientos, en la evolución del mediascape [sistema de mediático]. En este libro he compilado apuntes de dicho trabajo. De cualquier modo, son confusos como suelen ser los apuntes. Escritos en los años que siguieron a la revuelta de Seattle –el primer acto consciente de masas de autoorganización del trabajo cognitivo– atraviesan campos disciplinarios diversos, del análisis sociocultural a la psicopatología, de la sociología de la comunicación a la teoría política. Su carácter es rapsódico, no orgánico. No se trata de una obra coherente. En algunos momentos parece delinearse una posibilidad de derribar las pesadas arquitecturas de la opresión; luego, súbitamente, las perspectivas vuelven a cerrarse, la conciencia se transforma en desesperación.

Las reflexiones que componen este libro fueron madurando en contextos diversos, en situaciones de movilización, de discusiones y de luchas que acompañaron la vida de los movimientos en estos últimos años. Por eso el texto no tiene un desarrollo lineal, sino más bien un andar rapsódico, hecho de saltos hacia adelante, de reconstrucciones históricas, destellos de esperanza y sombrías premoniciones. Se trata, en efecto, de la exploración de un continente ignoto para el que de nada sirven los antiguos mapas heredados de los siglos XIX y XX. Y cuando se exploran territorios desconocidos es inevitable proceder de manera recortada, volviendo atrás cuando la oscuridad se espesa, siguiendo inesperados resplandores que parecen iluminar el horizonte.

No existe un orden lógico o cronológico en la sucesión de los textos aquí reunidos. Hay temas que vuelven una y otra vez. El problema que los atraviesa es el de la transmisión de la herencia cultural y política del siglo XX a las generaciones que se forman en un ambiente tecnológico y comunicativo completamente transformado. Se trata, obviamente, ante todo, de la narración y el análisis de la historia de los movimientos revolucionarios, de las transformaciones sociales, de las formas de vida, de sensibilidad. Pero, sobre todo, se trata de encontrar modos capaces de transmitir un mensaje que no sea reducible a los contenidos discursivos ni a las configuraciones imaginarias. Aquí encuentra la política su dificultad más grande, tal vez insuperable.

La crisis de la izquierda que se manifiesta en el retroceso político de las fuerzas organizadas del movimiento obrero y progresista no es sino un epifenómeno de una crisis mucho más profunda: la crisis de la transmisión cultural en el pasaje de las generaciones alfabético-críticas a las generaciones post-alfabéticas, configuracionales y simultáneas.

La dificultad de la transmisión cultural no consiste en la dificultad de transmitir contenidos ideológicos o políticos, sino en la dificultad de poner en comunicación mentes que funcionan según formas diferentes, incompatibles.

La primera y más indispensable operación que se debe realizar es la de comprender la mutación de formato de la mente post-alfabética.

La primera generación que ha aprendido más palabras de una máquina que de su madre está hoy en escena. ¿Cuáles son las características esenciales de su formación? ¿Cuál es su horizonte de conciencia posible, cuáles las formas de su subjetivación?

El libro es concebido como una sucesión de bifurcaciones.

La primera, *Utopía/Disutopía*, está dedicada al año de la premonición, el 77 de los autónomos italianos y de las radios libres que es, también, el año del *No future* de Sid Vicious, el año del homicidio Schleyer y de la tragedia de Stammheim.

La segunda, *Conexión/Precariedad*, está dedicada a las formas productivas y culturales que emergieron de la difusión de las tecnologías conectivas, a la emergencia de generaciones post-alfabéticas en las que se manifiestan signos de una mutación antropológica, psíquica, lingüística, y a la precariedad que domina las relaciones sociales y afectivas.

La tercera, *Semiocapitalismo/Autonomía*, está dedicada a la reestructuración técnica postindustrial que siguió a la revuelta obrera contra la cadena de montaje, y a la emergencia del cognitariado, clase virtual in-organizable del trabajo mental. ¿Cómo es posible reconstruir autonomía en las condiciones del semiocapital?

La cuarta, *Infósfera/Mediactivismo*, analiza el proceso de formación de la infósfera de red, la construcción de sistemas de penetración en la mente colectiva, y la emergencia de una competencia mediática de masas que lleva a la formación de un movimiento mediactivista.

La quinta, *Psicósfera/Fragilidad*, se desarrolla en torno a la sensibilidad

de las primeras generaciones mediáticas, es decir, la generación video-electrónica, aquella de los que nacieron después de llegada de la TV a colores –hacia fines de los años setenta y en los primeros años de los ochenta– y la generación conectiva, la que nació en los años noventa y crece en simbiosis con un retículo de inervaciones virtuales, prótesis imaginarias, prótesis psíquicas, prótesis biónicas.

La perspectiva que surge de mi análisis es la de una catástrofe del humanismo moderno. Pero toda situación de catástrofe abre una bifurcación: puede precipitarse en una espiral infernal, si se queda rehén de los dogmas dominantes; o, por el contrario, puede verificarse una ruptura epistemológica, puede revelarse una visión totalmente nueva de las relaciones entre los seres humanos, si se sabe ver la actividad más allá de las categorías de la economía, del crecimiento y de la ganancia.

El sujeto que se encuentre frente a la próxima bifurcación no puede ser el del trabajo cognitivo reticular precario. Sólo un proceso de autonomización del trabajo mental de la regla económica puede desactivar el dispositivo suicida del crecimiento capitalista que devasta el planeta. El trabajo cognitivo reticular precario es la función transversal capaz de recombinar los elementos sociales en permanente cambio según una regla no acumulativa, no competitiva, no agresiva.

La historia a la que asistiremos en los tiempos venideros es la de una rivalidad entre los tiempos de activación autónoma del intelecto colectivo y los tiempos del Apocalipsis. Si el intelecto colectivo no logra concatenarse más allá del comando del capital, no habrá salvación para el planeta y para los seres humanos que lo habitan. Extinción o barbarie parece ser la alternativa que se dibuja en el horizonte del siglo XXI.

### **Prólogo al colapso**

Se calcula que una persona nacida en 1935 habrá trabajado alrededor de 95.000 horas en el curso de su existencia. En 1972 se presentaba, en cambio, una vida laborable de 40.000 horas, pero para los contratados en el año 2000 se deben calcular alrededor de 100.000

horas de trabajo, invirtiendo una tendencia secular que había reducido constantemente el tiempo de trabajo.

A partir de los años 80 estamos obligados a trabajar cada vez más para compensar la merma continua del poder adquisitivo de los salarios, para enfrentar la privatización de un número creciente de servicios sociales y para poder comprar todos aquellos objetos que el conformismo publicitario impone a una sociedad en la que las seguridades psicológicas colectivas han disminuido.

Aunque algunos teóricos como André Gorz o Jeremy Rifkin habían previsto una reducción del tiempo de trabajo social y una expansión del tiempo libre, lo que sucedió en los años 90 es exactamente lo contrario: desde aquella década la jornada laboral se volvió prácticamente ilimitada. Una intensa campaña ideológica y una presión psicológica competitiva obligaron al trabajo cognitivo a identificarse con la función de empresa. La distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio ha sido progresivamente cancelada. El teléfono celular tomó el lugar de la cadena de montaje en la organización del trabajo cognitivo: el info-trabajador debe ser ubicado ininterrumpidamente y su condición es constantemente precaria.

La retórica política de las últimas décadas insiste en la libertad individual, pero el tiempo laborable celularizado de las personas es sometido a condiciones de tipo esclavista. La libertad formal es perfectamente respetada, pero la libertad es cancelada en el ejercicio concreto del tiempo de la vida. La libertad es puramente virtual, formal, jurídica. En realidad, nadie más puede ya disponer libremente de su propio tiempo. El tiempo no pertenece a los seres humanos concretos (y formalmente libres), sino al ciclo integrado del trabajo. Sólo los *drop out* [desertores escolares], los vagabundos, los fracasados, los ociosos desocupados pueden disponer libremente de su tiempo.

El esclavismo contemporáneo no es sancionado formalmente por la ley, sino que es incorporado rigurosamente en los automatismos tecnológicos, psíquicos, comunicativos. En las áreas periféricas del mundo –donde las corporaciones globales han localizado los trabajos manuales– el esclavismo es fácilmente reconocible: terribles condiciones de trabajo, horarios de diez o doce horas seis días a la semana,

pagas inferiores al mínimo indispensable para una vida decente, explotación salvaje del trabajo infantil. En el corazón de la metrópolis global el esclavismo tiene características originales: pálidos e hiperactivos trabajadores cognitivos zigzaguean en el tráfico ciudadano, inhalando veneno y balbuceando por el celular. Son forzados, además, a ritmos sobre los que ya no tienen control alguno. Es la carrera del ratón: es preciso ir cada más rápido para pagar los costos de una vida que ya nadie vive.

El endeudamiento al que los estudiantes están obligados a someterse desde el inicio de sus estudios superiores constituye el primer eslabón de la cadena del esclavismo posmoderno. Como muestra Anya Kamenetz en su libro *Generation Debt*<sup>1</sup>, para pagarse los estudios quienes se inscriben en el *college* son llevados a contraer deudas con los bancos, y estas deudas los perseguirán toda la vida, forzándolos a aceptar cualquier chantaje laboral.

A lo largo de todos los años 90 este juego se pudo sostener. En aquel periodo funcionaba un verdadero sistema de capitalismo de masas, fundado sobre la participación de los trabajadores en el mercado financiero, y sobre la ilusión de enriquecerse rápidamente dedicando todas las energías al trabajo. Los trabajadores cognitivos eran invitados a invertir, no sólo sus energías, sino también su dinero, en las empresas en rápido ascenso en los mercados financieros. Esto era viable gracias a la posibilidad de altas ganancias vinculadas al incremento de la productividad y gracias al continuo aumento del valor de las acciones de la Bolsa. Una machacante ideología publicitaria identificaba al éxito con el hiper-trabajo y estimulaba la movilización de todas las energías cognitivas. Las mismas energías libidinales se transferían a la esfera productiva. En aquellos años se vivía con el terror al sida, y el cuerpo ajeno mandaba vibraciones un poco eléctricas. Mejor no acercarse, mejor no dejarse llevar por la ternura, mejor invertir hasta el último gramo de vitalidad en la carrera frenética de la productividad.

Los psicofármacos euforizantes se volvieron parte de la vida cotidiana. A mitad de los años 90, el Prozac aparecía como una suerte de

1. Kamenetz, Anya, *Generation debt*, Nueva York, Riverhead Books, 2006.

medicina milagrosa que transformaba a los hombres y a las mujeres en máquinas felices de ser siempre eficientes, siempre optimistas, siempre productivos. Un consumo espantoso de euforizantes, anti-depresivos, neuroestimulantes acompañó el desarrollo de la *new economy* [nueva economía]. Era el soporte indispensable para aguantar la movilización psíquica constante del frenesí competitivo.

Era totalmente previsible el colapso.

Y el colapso llegó.

A inicios de los 90 se produce el fin del Imperio del Mal. El Imperio del Mal había nacido del fuego de las guerras del siglo XX, y se había fortalecido con la industrialización forzada del mundo. Se había apoderado abusivamente de la palabra “comunismo” sustrayéndola a las esperanzas de los proletarios, había sido forjado con el mismo metal y con la misma sangre con que se había forjado su antagonista occidental, la presunta Democracia Capitalista.

Durante el siglo XX el Imperio del Mal había perpetuado los órdenes feudales absolutistas y militares que dominaron por siglos la Rusia de los zares y por milenios el imperio celeste chino. De aquellos imperios premodernos habían mantenido la forma autoritaria del estado y la forma estática del sistema productivo. El comunismo soviético usó la violencia tradicional de la autocracia zarista para imponer la industrialización forzada a los campesinos y a los proletarios urbanizados. Desde el fin de la segunda guerra mundial, y durante cincuenta años, la democracia capitalista pudo convivir con las autocracias del socialismo autoritario de manera perfectamente integrada y estable.

Occidente había emprendido el camino de una economía dinámica, de una fuerte movilidad social y de un aumento de la productividad. El bloque socialista acumulaba potencia gracias al trabajo esclavo de millones de hombres. Esta división del mundo entró en crisis cuando, después de 1968, emerge un nuevo proletariado intelectual. Luego de aquel año el Imperio estático del socialismo autoritario y el Imperio dinámico de la democracia capitalista sufrieron una ofensiva ininterrumpida por parte de la clase obrera industrial y por parte de la inteligencia técnico-científica.

Reducción del tiempo de la vida destinado al trabajo, liberación de

la vida del trabajo asalariado era el objetivo común a las luchas de los obreros occidentales y orientales.

En los años 80 los incrementos de productividad se aceleran en el mundo occidental gracias a la introducción de nuevas tecnologías altamente flexibles y moleculares. Al mismo tiempo, la difusión de los medios electrónicos tiende a derribar todas las fronteras políticas. La cortina de hierro entre el Imperio dinámico y el Imperio estático funciona cada vez menos. La nueva clase productiva que se va formando, el cognitariado, no es geográficamente delimitable ni políticamente controlable. Es una clase cosmopolita, curiosa, socialmente y geográficamente móvil, rebelde a toda limitación de la libertad.

Escuchábamos con frecuencia el cuento del presidente Reagan que lanza la ofensiva simulada de *Star Wars*, y somete al Imperio del Mal a una presión militar y económica insostenible hasta provocar su derrumbe. Pero ésta es sólo una parte de la historia, y no la más interesante. El socialismo autoritario de los países del Este se desplomó porque la nueva clase social global, el cognitariado, erosionó el dominio y difundió en todas partes expectativas de consumo, estilos de vida y modelos culturales incompatibles con la forma estática del sistema socialista. En ese sentido, 1989 es una prosecución de 1968.

Después de noviembre de 1989, durante algunos meses, o algunos días, parecía que podía esperarse que finalmente el mundo fuera entrando en un período de paz: reducción de la agresividad, pleno despliegue de las potencias liberadas de la inteligencia colectiva. El gobierno mundial podía delinearse en el horizonte bajo la forma de una concatenación productiva y política de los innumerables fragmentos del trabajo inteligente. Se entreveía, más allá de derrumbe de los estados nacionales y de las identidades, el paradigma de la Red. Dicho paradigma era capaz de sintetizar dinámica productiva y principio igualitario y colaborativo.

Se trató de una ilusión, de un breve respiro. Disuelto el muro congelado de la Guerra Fría, las seculares obsesiones identitarias recuperaron fuerza y vitalidad. Se había desplomado el Imperio del Mal, pero aparecía sobre el planeta el Imperio de lo Peor.

Durante la última década del siglo, dos mundos extraños e

incomunicados entre sí se han desarrollando sobre el planeta Tierra: guerra civil en el planeta físico e hiper-trabajo cognitivo en el planeta virtual. La clase virtual ha construido un retículo de relaciones productivas en el ubicuo espacio inmaterial de la red. Al mismo tiempo, en el planeta físico se han multiplicado los puntos de fractura, de contraposición identitaria. Los dos mundos se miraban con creciente sospecha, y la clase virtual globalizada multiplicaba y perfeccionaba las barreras de seguridad que separaban su cableado mundo de las posibles agresiones de las masas marginalizadas.

Es sobre estas líneas que ha madurado el colapso.

La sobrecarga de trabajo, la movilización ininterrumpida de las energías mentales y psíquicas de los trabajadores cognitivos crearon las premisas del colapso anunciado en el Apocalipsis fallido del *millennium bug*<sup>2</sup> y luego hecho efectivo con el derrumbe financiero de abril de 2000.

La separación artificial entre clase virtual y focos de agresividad identitaria creó las premisas del colapso de seguridad que explotó el 11 de septiembre de 2001.

Llegado este punto, el poder global desentierra y vuelve a proponer la retórica de la lucha entre el Imperio del Bien y el Imperio del Mal, para desencadenar una guerra que le permita evitar rendir cuentas ante el fracaso económico y social de las políticas liberales del capitalismo global. Una vastísima parte de la opinión pública mundial se opone entonces a la guerra con inmensas manifestaciones.

Pero la potencia militar de la mayor potencia mundial impone su voluntad: la guerra, la violencia desplegada, el terror que produce terror, la humillación que produce resentimiento, venganza, más violencia.

Traducción: Diego Picotto  
Corrección: Emilio Sadier

2. *Millennium bug*: bug=insecto, fig. "error de código". También conocido como Y2K o *problema del año 2000*: se refiere a la situación anómala que se temía para algunos sistemas con la llegada del año 2000, por haber establecido sólo dos dígitos para reconocer los años; así, 00 podía ser 1900 ó 2000. (N. de T.)



Segunda bifurcación  
**Conectividad/Precarización**



## Generación post-alfabética

### Violencia en las escuelas

“GUN RULE”<sup>1</sup> titulaba un diario popular londinense la mañana del 15 febrero de 2007. Un joven de 15 años había sido encontrado muerto en East London, asesinado, según dicen los investigadores, por sus compañeros de escuela. Se trata de la tercera víctima adolescente de una guerra de pandillas que se desarrolla desde hace un tiempo en las escuelas de la metrópolis inglesa.

También en Italia la violencia en las escuelas es un argumento que llama la atención cada vez con mayor frecuencia. Un muchacho se quitó los pantalones delante de la profesora y las imágenes de la proeza aparecen en Internet al día siguiente. Alguien filmó una escena de agresión a un joven incapaz de defenderse y las subió para mostrarlas en *You tube*. Los profesores al borde del colapso nervioso reaccionan con amenazas o con acciones al límite de la violencia.

En París, desde que las periferias explotaron en noviembre de 2005, la cuestión de las escuelas ingobernables está situada en el centro de la atención, al punto de que el orden en el sistema educativo

1. Como “la ley de las armas” podría traducirse este juego de palabras. (N. de E.)

—que en un tiempo fue la jactancia de la República— se ha vuelto uno de los argumentos fuertes de la campaña electoral que ha llevado a Sarkozy a la victoria.

La transmisión intergeneracional aparece inestable cuando entran en escena las generaciones post-alfabéticas que McLuhan, ya en 1964, había visto emerger como efecto de los medios electrónicos.

Los profesores de todos los países occidentales denuncian un verdadero colapso del sistema de enseñanza. Según la derecha la culpa de este colapso es de los profesores de izquierda que han eliminado de las escuelas su aspecto austero. La laxitud, el exceso de tolerancia, la libertad con que se permite a los estudiantes hacer lo que quieran provoca estos cambios. Se precisa orden, es necesario el respeto riguroso de la ley y de la autoridad, resulta inminente restaurar los valores ligados a la institución, al poder.

Alain Finkielkraut, autor de libros importantes como *La défaite de la pensée*,<sup>2</sup> ha hecho de la crisis de la escuela pública una cuestión central del debate político, poniéndose en sintonía con la vocación de orden de la derecha sarkoziana.

En una entrevista realizada en el otoño de 2005, mientras en la *banlieux* (periferia francesa) se extendía la revuelta, Finkielkraut expresaba una posición contundente sobre la cuestión de la disciplina en los colegios:

*“Yo conozco la escuela republicana, la he estudiado. Era una institución con exigencias rigurosas, un lugar austero que había construido altos muros para protegerse del ruido externo. Treinta años de reformas estúpidas han cambiado el paisaje. La escuela republicana fue sustituida por una comunidad educativa que es horizontal y no vertical. Así ha descendido el nivel de los programas escolares, el ruido externo ha entrado, la sociedad ha inundado la escuela. Pero lo que vemos hoy es la derrota de esta escuela que quiere ser simpática. Y este modelo se alimenta de sus fracasos. Lo que*

2. Finkielkraut, Alain, *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 2004.

*debemos exigir, por el contrario, es una mayor severidad y estándares más eficaces”.*

Sería superficial burlarse del tono autoritario y tradicionalista con que Finkielkraut habla de la cuestión escolar. Sería frívolo rechazar su postura como si fuese sólo la patética conversión al autoritarismo de un intelectual que participó largamente de las luchas antiautoritarias de los estudiantes. La violencia que estalla en las escuelas europeas en la época de *You tube* no tiene mucho que ver con la insubordinación antiautoritaria de los años 60 y 70. Lo que Finkielkraut señala es un problema verdadero.

Sin embargo, al mismo tiempo es ingenuo pensar, como Finkielkraut, que la agresividad adolescente se debe a la disminución de la autoridad y de las jerarquías. La voluntad política y legislativa no viene aquí a cuenta. Una causa –muy parcial– la encontramos a lo sumo en las condiciones sociales de las grandes periferias, en el empobrecimiento material de la escuela debido a la reducción de las partidas presupuestarias públicas. No obstante, esta respuesta no logra aprehender el núcleo más profundo del problema. En efecto, la geografía de la violencia no se traza según las líneas de la diferencia social. La agresividad, la irritación y la violencia se difunden de modo más o menos parejo en los diversos ámbitos de la sociedad, involucra a jóvenes provenientes de las clases pobres pero también a los que provienen de las clases acomodadas.

El ADD, disturbo preadolescente de la atención, que se viene diagnosticando cada vez con mayor frecuencia, golpea tanto a los jóvenes de familias pobres como a los de familias ricas. Pero, ¿qué es efectivamente este disturbo de la atención? Más que una enfermedad es el intento de adaptación del organismo sensible y consciente de un niño a un ambiente en el cual el contacto afectivo ha sido sustituido por flujos de información veloces y agresivos.

Las raíces de la devastación psíquica que golpea a las generaciones post-alfabéticas se encuentran en el enrarecimiento del contacto corpóreo y afectivo, en la modificación horrorosa del ambiente comunicativo, en la aceleración de los estímulos a los que la mente es

sometida. Los educadores que viven en contacto con los niños de las escuelas primarias testimonian sobre un disturbio en sus capacidades de socialización. Cuando establecen contacto entre ellos, cuando pueden tocarse, conocerse y jugar, los niños de esta generación tienden, antes que nada, a agredirse. No conocen ya los modos de acariciarse y muerden una oreja. Ninguna decisión política, ninguna restauración del autoritarismo escolar podrá modificar la situación de los chicos que han crecido en un ambiente donde el aprendizaje del lenguaje ha quedado escindido del contacto físico con el cuerpo de la madre.

#### **Nota sobre el concepto de generación**

Siempre he desconfiado del concepto de generación. El concepto de clases sociales define mucho mejor los procesos de identificación y los conflictos, los intereses y las perspectivas políticas. Las clases sociales no coinciden con las generaciones. Las líneas de formación de la conciencia de una clase social pasan por procesos de producción y distribución de la renta más que por las pertenencias generacionales.

En la época industrial la sucesión generacional tenía un carácter marginal: no podía determinar efectos de radical diferenciación, ni podía influir en formas de conciencia y de identificación política significativa. Hasta que la subjetividad política se formaba en el interior de la división social del trabajo, la generación era sólo un concepto sociológico, biologizante, inadecuado para definir las características históricas de la conciencia.

Pero la transformación post-industrial trastocó los términos del problema. No puede decirse que se hayan disuelto las estratificaciones sociales y económicas: en la sociedad post-industrial las clases sociales también son una realidad objetiva, pero ya no parecen estar en condiciones de producir efectos de identificación decisiva en el plano de la conciencia. La fragmentación y la precarización de los procesos productivos ha vuelto sumamente frágil las identidades sociales, la presencia del otro se ha vuelto discontinua, incómoda, competitiva. Las agregaciones productivas se disuelven rápidamente,

se desplazan de manera continua y esto fragiliza la comunidad y pulveriza la memoria colectiva.

La identificación se vuelve imaginaria, la conciencia vectorial. No es importante lo que somos sino lo que pensamos que podemos ser mañana.

La conciencia, que para Marx es un producto del ser social, para nosotros hoy es sobre todo un producto del imaginario social.

Y para poder comprender la modalidad de formación del imaginario, las expectativas del mundo, las grillas cognitivas, es oportuno referirse al ambiente de formación técnico y comunicacional en el que un grupo social se forma. Con el concepto de generación hago referencia a un conjunto humano que comparte un ambiente de formación tecnológico y, en consecuencia, también un sistema cognitivo así como un mundo imaginario.

En las épocas de la modernidad que han quedado atrás este ambiente técnico-cultural cambiaba lentamente con el transcurrir del tiempo. Pasaban décadas o quizá siglos para que las personas se habituasen a usar una técnica que pudiera modificar las formas de pensamiento y las modalidades de acercamiento a la realidad. Pero cuando las tecnologías alfabéticas dieron paso a las tecnologías digitales, las modalidades de aprendizaje, memorización e intercambio lingüístico se modificaron rápidamente, incluso en el marco de una sola generación. El espesor formativo de la pertenencia generacional se convirtió en decisivo. Y los mundos generacionales comenzaron a constituirse como conjuntos cerrados, inaccesibles, incommunicables, no por motivos morales, políticos o psicológicos sino por un problema de formato tecno-cognitivo, por una verdadera intraducibilidad de los sistemas de referencia interpretativos.

Con el concepto de generación no identificamos ya un fenómeno biológico sino un fenómeno tecnológico y cognitivo. Una generación es un horizonte común de posibilidades cognoscitivas y experienciales. La transformación del ambiente tecno-cognitivo redefine continuamente las formas de la identidad.

Por eso las nuevas formas de conciencia social se modelan a partir de la pertenencia generacional.

Comenzamos a ver hoy los efectos que la mutación tecno-cognitiva produjo sobre dos generaciones sucesivas: la videoelectrónica y la celular-conectiva.

La primera nace a fines de los años 70 cuando en el ambiente de la vida cotidiana se difunden los aparatos televisivos, conquistando un lugar central en la atención colectiva.

Marshall McLuhan habla sobre esto en su fundamental ensayo de 1964, *Understanding media*,<sup>3</sup> en el que estudia el pasaje de la esfera alfabética a la esfera videoelectrónica y concluye con una preciosa intuición: cuando a lo secuencial le sigue lo simultáneo, las capacidades de elaboración crítica son remplazadas por capacidades de elaboración mitológica. La facultad crítica presupone una estructuración particular del mensaje: la secuencialidad de la escritura, la lentitud de la lectura, la posibilidad de juzgar en secuencias el carácter de verdad y de falsedad de los enunciados. En esas condiciones era posible la discriminación crítica que caracterizó las formas culturales de la modernidad. Pero en la esfera de la comunicación videoelectrónica la crítica ha sido progresivamente sustituida por una forma de pensamiento mitológico, y la capacidad de discriminar entre la verdad o falsedad de los enunciados se ha vuelto imposible e irrelevante.

Este pasaje se constata en la tecno-mediosfera que se desarrolla en las décadas de los 60 y 70. La generación que nace hacia fines de los años 70 comienza a manifestar los primeros signos de una impermeabilidad a los valores de la política y de la crítica que habían sido fundamentales para las generaciones anteriores. No se puede hablar, en rigor, de rechazo a la política sino más bien de una incompatibilidad cognitiva con la temporalidad histórica y, por consiguiente, con la imaginación ideológica de tipo progresista.

Con todo, a partir de los años 90 se verifica incluso una mutación mucho más radical a partir de la difusión de las tecnologías digitales y la conformación de la red global. Los modos de funcionamiento de la mente humana se remodelan, ahora, según dispositivos técnico-cognitivos de tipo reticulares, celulares y conectivos.

3. McLuhan, Marshall, *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*, Paidós, Buenos Aires, 1996.



Con la difusión capilar de terminales que vuelven posible la conexión con la infósfera, el flujo de estímulos nerviosos que envuelve al organismo consciente de los niños se intensifica hasta estallar, y el tiempo de atención disponible es saturado. En la época celular-conectiva la mente infantil se forma en un ambiente mediático totalmente diferente respecto al de la humanidad moderna, y experimenta el tiempo según una modalidad fragmentaria y recombinante. Ya no contamos con flujos de tiempo continuo, sino con cápsulas de tiempo-atención. Conexiones puntuales, ámbitos operativos separados. La percepción de sí se transforma: el individuo vive su tiempo como un conjunto de células recombinantes.

El proceso de socialización se remodela sobre el plano cognitivo, perceptivo, psíquico.

La conjunción entre cuerpos físicos ásperos, polvorientos, estriados e imprevisibles es rápidamente sustituida por un régimen de conexión entre segmentos compatibles, lisos, depilados, abstractos. Recombinantes, modulares, predecibles.

El individuo se percibe como un conjunto de fragmentos tempoinformacionales disponibles para entrar en conexión.

¿Cómo se mueven los treceañeros de los que habla el film de Catherine Hardwicke (*Thirteen*, 2003), o las novelitas de Federico Moccia, o los jovencísimos programadores informáticos de Ipod de Douglas Coupland? ¿Qué es lo que regula sus interacciones? ¿Cuáles son los procesos de reconocimiento recíproco, de identificación y de proyección compartida? Una regla inconsciente parece operar en el corazón de la relación. Un reflejo inconsciente de regulaciones parece constituirse como concatenación colectiva a-significante. El movimiento en el espacio y el contacto con el otro tienden a volverse ejecuciones de un programa operativo, antes que percepciones empáticas del mundo circundante.

Los periodistas que se ocupan del problema del comportamiento juvenil hablan de “arrogancia” y usan la metáfora de la “manada” para referirse a las acciones de violencia o de prepotencia con que los grupos de jóvenes parecen moverse de modo conformista, porque todos los participantes fundan su identidad sobre el reconocimiento de pertenencia al grupo.

Pero no usaría la expresión “manada”, que me parece inútilmente moralista. Prefiero pensar en un enjambre más que en una manada, pues nos permite entender la socialización como efecto de un automatismo cognitivo más que como resultado de valores o disvalores de orden moral.

Lo que cambia en el pasaje generacional post-alfabético no son los contenidos, los valores de referencia, las opciones políticas, sino el formato de la mente colectiva, el paradigma técnico de elaboraciones mentales: dos sucesivas configuraciones tecnológicas, primero la videoelectrónica y luego la celular-conectiva, remodelan la infósfera y modifican la mente colectiva.

Este proceso de transformación es, también, un proceso de mutación del organismo consciente.

La mente manifiesta nuevas potencias conectivas, nuevas competencias interactivas, pero el pasaje es atravesado por disturbios, sufrimientos y patologías.

### Pánico en contexto

*“Era viernes: dentro del subte el ataque ha estallado imprevistamente y alcanza gran intensidad. En un primer momento el corazón latía cada vez más deprisa, un nudo en la garganta, la sensación de sofocamiento y la necesidad de respirar cada vez más profundo. Carla miraba a su alrededor espantada y paralizada. Todo parecía extraño, distorsionado. La presencia de la gente a su alrededor la oprimía. Nadie parecía advertirla: habría podido perder el control, desmayarse, enloquecerse o incluso morir en medio de aquella muchedumbre anónima y hostil. Un ligero sudor le recorría el cuerpo, las piernas le temblaban: no podía más. Faltaban aún muchas estaciones para llegar a destino: verdaderamente no hacía falta, estaría muerta antes de llegar. El tiempo le parecía detenido. Toda la escena quedaba registrada en el cerebro: se sentía aprisionada*

*y debía escapar. La primera estación a la que llegó, casi sin saber dónde estaba, fue su salida”.<sup>4</sup>*

Así Francesco Rovetto describe un caso clásico de ataque de pánico.

En las páginas siguientes analiza con mucha sutileza y precisión la formación de una predisposición al DAP (*Disturbio por ataques de pánico*).

*“El recuerdo de aquellos minutos pasado en el subte quedaron registrados como un video en su mente. Se volvía a ver bloqueada en medio de la muchedumbre, bajo tierra, sin posibilidad de fuga. Los recuerdos eran tan fuertes e intensos que el solo pensar en volver a una situación similar le provocaba un miedo que seguramente desencadenaría el pánico. Este proceso de ‘miedo al miedo’ le ha limitado la libertad de movimiento y de pensamiento”.*

Luego Rovetto reconstruye la historia familiar de Carla, la soledad y la frustración debido a las frecuentes ausencias del padre y la madre motivadas por los continuos compromisos de trabajo. Más adelante menciona la crisis de asma del hermanito y la decisión de los padres de estar a su lado y de mandar a Carla a casa de una tía por quince días. El sentimiento de abandono surge de esa separación. En esta historia familiar Rovetto encuentra la causa de una patología ansiosa que la lleva al primer ataque de pánico y muestra cómo el miedo a que se repitiera aquella crisis espantosa había terminado por crear las condiciones para sucesivas recaídas y para una generalizada predisposición al DAP. En síntesis, Rovetto atribuye esta patología, que parece difundirse cada vez más ampliamente en los últimos decenios, a un complejo de factores ligados a la ansiedad de origen familiar, complejizados y reforzados por la interiorización del miedo. Está bien, pero, ¿es suficiente?

Un fenómeno como el de los ataques de pánico no puede ser explicado solamente en términos psicopatológicos. Entendámonos: no hay dudas sobre los contenidos psíquicos de la ansiedad de Carla, ni sobre

4. Rovetto, Francesco y otros, *Pánico: Origini dinamiche terapie*, McGraw Hill, 2003, págs. 2 y 3.

que las dinámicas mentales e incluso las orgánicas (el implicamiento de las amígdalas) están bien reconstruidas; pero a la explicación del psiquiatra le falta una referencia al contexto desencadenante. En cuatro páginas de análisis del caso de Carla, Rovetto dedica solamente dos frases a la actividad que ella desarrolla durante el período en el que sobreviene el primer ataque. Y estas frases son casi casuales:

*“El ansiolítico reducía su capacidad de concentrarse en la realización de las prácticas que le confiaba el arquitecto con el que estaba desarrollando su aprendizaje”.<sup>5</sup>*

Podemos deducir que Carla trabajó como pasante, como practicante (precaria, bajo examen) con un arquitecto. Desarrolló probablemente trabajos de alto contenido cognitivo, mental, empujando constantemente las facultades de concentración, de imaginación, de memorización.

Además, Rovetto explica que Carla había tenido que enfrentar una situación psicológicamente difícil después de recibirse:

*“Su vida no preveía más que cinco o seis exámenes al año de contenido bien cierto y definido. De ahora en adelante debía continuar en direcciones imprecisas e incluso volverse una máquina de trabajo como sus padres”.<sup>6</sup>*

¿No es acaso éste el paisaje contemporáneo dentro del cual las experiencias afectivas pasadas se redefinen y asumen una tonalidad ansiosa, hasta provocar la explosión de un ataque de pánico? Mi tesis es que no podemos hablar de psicopatología sin considerar las condiciones sociales, las modalidades de la prestación laboral, las relaciones de competencia y sobre todo las formas de comunicación dentro de las que el cuadro psíquico se constituye.

La dimensión social es inseparable del análisis de las psicopatías contemporáneas porque ella actúa directamente sobre las formas de comunicación y sobre la exposición al flujo informativo. El pánico, por

5. *Ibidem*, pág. 2.

6. *Ibidem*, pág. 4

ejemplo, es una patología en aumento sobre todo entre las mujeres de las jóvenes generaciones que en los últimos años están implicadas, cada vez con más frecuencia, en condiciones de precariedad y de exasperada competitividad, dentro de los ciclos del trabajo cognitivo. Lo que quiero indicar aquí no es sólo una correlación entre condiciones laborales y surgimiento de manifestaciones psicopatológicas, sino sobre todo una correlación entre la exposición al flujo info-nervioso y la patología.

La creatividad es transformada en trabajo. Aumento de la productividad significa, por lo tanto, aceleración del ciclo info-nervioso.

La sociedad industrial construía máquinas de represión de la corporeidad y del deseo. La sociedad post-industrial funda su dinámica sobre la movilización constante del deseo. La libido ha sido puesta a trabajar.

### Trabajo y deseo

En su libro más conocido Pierre Levy propone la noción de inteligencia colectiva. Pero la existencia social de los trabajadores cognitivos no se agota en la inteligencia: los cognitarios son también cuerpo, esto es, nervios que se tensan en el esfuerzo de atención constante, ojos que se fatigan en su estar fijos sobre una pantalla. La inteligencia colectiva no reduce ni resuelve la existencia social de los cuerpos que producen esta inteligencia.

¿Qué significa trabajar hoy? Tendencialmente el trabajo tiene una característica física uniforme: nos sentamos delante de una pantalla y movemos los dedos sobre un teclado, digitamos. Pero, al mismo tiempo, el trabajo es mucho más diferenciado cuando consideramos los contenidos que elabora. El arquitecto, el agente de viajes, el programador y el abogado realizan los mismos gestos físicos, pero no podrían de ninguna manera intercambiar sus trabajos porque cada uno de ellos desarrolla una tarea específica, local e intraducible para quien no está familiarizado con ese contenido complejo de conocimiento.

El trabajo industrial mecánico se caracterizaba por su sustancial intercambiabilidad y por su despersonalización. En consecuencia, era percibido como algo ajeno, un deber que se desarrolla sólo porque

a cambio se obtiene un salario. El trabajo asalariado en relación de dependencia era pura prestación de tiempo.

Las tecnologías digitales abren una perspectiva completamente nueva para el trabajo. En primer lugar, cambia la relación entre la concepción y la ejecución, al mismo tiempo que varía la relación entre contenido intelectual del trabajo y ejecución manual. El trabajo manual tiende a ser desarrollado por maquinarias manejadas automáticamente, mientras que el trabajo innovador (que produce más valor) es el trabajo cognitivo. La materia a transformar es simulada por secuencias digitales. El contenido del trabajo se mentaliza, pero al mismo tiempo los límites del trabajo productivo se vuelven inciertos. La misma noción de productividad se vuelve imprecisa: la relación entre tiempo y cantidad de valor producido se torna difícil de establecer, porque no todas las horas de un trabajador cognitivo son iguales en términos de productividad.

La noción marxiana de trabajo abstracto se redefine. ¿Que quiere decir “trabajo abstracto” en el lenguaje de Marx? Significa erogación de tiempo que produce valor sin considerar su cualidad, sin relación con la utilidad específica y concreta de los objetos que introduce en el mundo. El trabajo industrial tendía hacia la abstracción porque su utilidad concreta era totalmente irrelevante respecto de la función de valorización económica.

¿Podríamos decir que esta abstracción progresiva continúa operando hoy en la era de la info-producción? En cierto sentido sí; es más, podríamos decir que esta tendencia es llevada hasta su máxima potencia, porque desaparece todo residuo de materialidad y de concreción de las operaciones laborales, y sólo permanecen las abstracciones simbólicas, los *bit*, los dígitos, las diferencias de información, sobre los que se ejercita la actividad productiva. Bien podríamos decir que la digitalización del proceso de trabajo volvió a todos los trabajos iguales desde el punto de vista físico y ergonómico. Todos hacemos lo mismo: nos sentamos delante de una pantalla y tecleamos, mientras las máquinas automáticas convierten nuestra actividad en un programa televisivo, una operación quirúrgica o bien en un automóvil.

Desde el punto de vista físico no hay diferencias entre un agente de viaje, un empleado de una petroquímica y un escritor de novelas policiales.

Pero, al mismo tiempo, el trabajo se vuelve parte de una actividad mental que elabora signos llenos de saber. Se vuelve muy específico y más especializado: el abogado y el arquitecto, el técnico informático y el cajero de un supermercado están frente a la misma pantalla y aprietan las mismas teclas, pero uno no podría jamás ocupar el puesto del otro porque el contenido de su trabajo es irreductiblemente distinto y no traducible.

Un obrero químico y uno metalúrgico hacen trabajos totalmente distintos desde el punto de vista físico, pero un metalúrgico necesita de unos pocos días para adquirir el conocimiento operativo del trabajo del químico y viceversa. Cuanto más el trabajo industrial se simplifica, tanto más intercambiable se vuelve. Delante de la computadora y conectado a la máquina universal de elaboración y de comunicación las terminales humanas realizan los mismos movimientos corporales, pero cuanto más el trabajo se simplifica desde el punto de vista físico tanto menos intercambiables son los conocimientos, las capacidades y las prestaciones.

El trabajo digitalizado manipula signos absolutamente abstractos, pero su funcionamiento recombinante es cada vez más específico, cada vez más personalizado y por lo tanto cada vez menos intercambiable. Por eso los empleados *high tech* (que crean o utilizan alta tecnología) tienden a considerar al trabajo como la parte más esencial de su vida, la más singular y personalizada.

Exactamente lo contrario de lo que le sucedía al obrero industrial, para quien las ocho horas de prestación asalariada eran una especie de muerte temporaria de la que se despertaba sólo cuando sonaba la sirena del fin de la jornada.

Esto vuelve al trabajador cognitivo enormemente más frágil. El semiocapital ha puesto el alma a trabajar.

## Empresa y deseo

Sólo dando cuenta de este fenómeno podemos explicar por qué en las últimas dos décadas la desafección y el ausentismo se volvieron

fenómenos totalmente marginales. El tiempo del trabajo medio ha aumentado de manera impresionante en los últimos veinte años.

En promedio, la totalidad de los trabajadores prestaron 148 horas más en el año 1996 de lo que habían trabajado sus colegas en 1973. El porcentaje de personas que trabajan más de 49 horas a la semana ha aumentado el 13% en 1976 y casi el 19% en 1998. En lo que respecta a los *managers* el porcentaje sube de 40% a 45%. (Datos del United State Bureau of Labor Statistics).

¿Cómo se explica la conversión de los trabajadores de la desafección a la adhesión? No hay dudas de la influencia de la lucha política que la clase obrera llevó adelante inmediatamente después de los años setenta a causa de la reestructuración tecnológica, de la desocupación que le siguió y de la represión violenta contra su vanguardia: pero estas explicaciones no bastan. Para comprender a fondo los cambios psicosociales del trabajo es necesario tener en cuenta una mutación cultural decisiva, que se vincula con el desplazamiento del centro de gravedad de la esfera del trabajo obrero al trabajo cognitivo.

A diferencia del obrero industrial, el trabajador cognitivo considera el trabajo como la parte más importante de su vida y no se opone, por lo mismo, al prolongamiento de la jornada laboral. Es más, tiende a prolongar el tiempo de trabajo por propia decisión y voluntad. Esto sucede por diversas razones. En las últimas décadas la comunidad social urbana perdió progresivamente interés y quedó reducida a un envoltorio muerto de relaciones sin humanidad y sin placer. La sensualidad y la convivencia han sido progresivamente transformadas en mecanismos estandarizados, homologados y mercantilizados, y el placer singular del cuerpo fue sustituido por la necesidad ansiógena de identidad. La calidad de la existencia resultó deteriorada desde el punto de la vista de lo afectivo y de lo psíquico a consecuencia del enrarecimiento del vínculo comunitario y de su esterilización securitaria, como muestra Mike Davis en libros como *City of Quartz*<sup>7</sup> o *Echology of Fear* (Vintage, Nueva York).

Parece que en las relaciones humanas, en la vida cotidiana y en la

7. Davis, Mike, *Ciudad de Cuarzo. Arqueología del futuro en los Ángeles*, Lengua de Trapo, Madrid, 2003.



comunicación afectiva se encontrase menos placer y cada vez menos garantías. Una consecuencia de esta des-erotización de la vida cotidiana es la inversión de deseo en el trabajo, entendido como único lugar de confirmación narcisista para una individualidad habituada a concebir al otro según las reglas de la competencia, esto es, como un peligro, un empobrecimiento, una limitación más que como una experiencia placentera y enriquecedora.

El efecto que se produjo en la vida cotidiana durante las últimas décadas es el de una des-solidarización generalizada. El imperativo de la competencia se volvió dominante en el trabajo, en la comunicación, en la cultura, a través de una sistemática transformación del otro en un competidor e incluso en un enemigo. Una máquina de guerra se esconde en todo nicho de la vida cotidiana.

No obstante, es también decisivo el drástico empeoramiento de las condiciones de protección social provocados por los veinte años de desregulación y de desmantelamiento de las estructuras públicas de asistencia.

Cuanto más tiempo dedicamos a la adquisición de medios para poder consumir, tanto menos nos queda para poder disfrutar del mundo disponible. Cuanto más invirtamos nuestras energías nerviosas en la adquisición de dinero, tanto menos podemos invertir en el goce. Es en relación a este problema, completamente ignorado por el discurso económico, que se juega la cuestión de la felicidad y de la infelicidad en la sociedad hiper-capitalista.

Para tener más poder económico (más dinero, más crédito) es necesario prestar cada vez más tiempo al trabajo socialmente homologado. Pero esto supone reducir el tiempo de goce, de experimentación, de vida.

La riqueza entendida como goce disminuye proporcionalmente al aumento de la riqueza como valor económico, por la simple razón de que el tiempo mental está destinado a acumular más que a gozar.

Por otra parte, la riqueza entendida como acumulación económica aumenta cuando se reduce el placer dispersivo del goce. Y las dos perspectivas se resuelven en un mismo efecto: la expansión de la esfera económica coincide con una reducción de la esfera erótica.

Cuando las cosas, los cuerpos, los signos comienzan a formar parte del modelo semiótico de la economía, la riqueza puede realizarse tan solo de manera indirecta, refleja, aplazada. La riqueza, entonces, ya no es el goce temporal de las cosas, de los cuerpos, de los signos, sino producción acelerada de falta y de ansiedad.

Traducción: Diego Picotto  
Corrección: Emilio Sadier

## Infotrabajo y precarización

### Trabajo sin persona

En febrero de 2003 el periodista norteamericano Bob Herbert publicó en *The New York Times* los resultados de una investigación sobre una muestra de un centenar de jóvenes desocupados de Chicago: ninguno de sus entrevistados esperaba encontrar trabajo en los próximos años, ninguno de ellos esperaba poder rebelarse, o poder lograr un gran cambio colectivo. La sensación generalizada de los entrevistados era un sentimiento de impotencia profunda.

Este sentimiento no se expresaba en formas políticas, sino que parecía hacer referencia a una esfera más profunda del ser colectivo: un verdadero disturbio de las relaciones sociales, una suerte de creciente incompetencia para la socialización, para el contacto con el otro. En la percepción de la primera generación videoelectrónica la soledad aparece, en principio, como una dificultad para abrirse al otro, para sentir al otro, pero, luego, se transforma en una frustrante incapacidad para construir formas colectivas capaces de durar en el tiempo.

En cada investigación sobre la condición juvenil, la soledad es denunciada como condición dolorosa, pero, al mismo tiempo, parece perdurar la competencia al socializarse. Esta generación no aprendió